

El Instituto

Emilio Barranco

Ceuta, 25 de septiembre de 1997.

http://usuarios.arsystel.com/ebcdic/rincon/_caja.htm



HABÍA que entrar por lo que hoy es la puerta trasera,

frente al jardín de Rosende. Podría decirse que mi espíritu inhalaba el mismo aire que respiraron los intelectuales el 14 de abril de 1931, tras la caída de la Monarquía y el advenimiento de la II República. Un cambio de escuela que significaba un "borrón y cuenta nueva", un "begin the begin" estudiantil.

Sin embargo, no todo iba a ser dulce de membrillo. Otra vez había que cargar con un uniforme, tan gris como el día que me incorporé por primera vez al Instituto: camisa blanca, pantalón gris y rebeca gris. La corbata azul había sido sustituida por una placa del mismo color, que se sujetaba con un imperdible (hoy le llaman "pin"; es de suponer que así le dicen los que no saben que tal palabra inglesa se traduce por "alfiler" o, como cité, "imperdible").

Nos ubicaron en la planta baja, nada más entrar, a mano derecha. El pasillo daba acceso al gimnasio, que estaba en el fondo. A mitad de camino, nuestra aula daba cobijo al pelotón de machos de 5ºC. Lo de "machos" es referido a que 5ºA y 5ºB eran mixtos, por cuestiones de materias específicas (ciencias, letras e idiomas). Así que el binomio "ciencias-francés" conllevaba perder de vista a las nenas.

Corrían vientos de "palo largo y mano dura", pero allí nunca violaron nuestra integridad física. No obstante, se mantenían determinadas costumbres académico patrióticas como la formación en el patio, canto del "Gaudeamus Igitur" seguido del Himno Nacional (Marcha de Granaderos a la que una mente preclara del régimen tuvo la osadía de poner letra). Una escalera daba acceso desde el patio a la primera planta, fábrica que servía de podio a la curia docente, presidida por el director. Dicha escalera hacía las veces de picota, cuando había que dar escarnio a algún indómito estudiante, destacado por su barbarie, negación o tropelía. Era el equivalente a la lectura de la orden del día, con sus condecoraciones y sanciones.

Lo bueno que tenía aquello era el aprovechamiento de los himnos para sacar de quicio a la curia en pleno, ya que la estrofa "vivat academia, vivant professores" era sutilmente mudada al "mueran profesooooores", que cantábamos cobijados cobardemente entre la multitud. Asimismo, la letrilla del Himno Nacional era sustituida por la onomatopeya del "chin tatachín", que apadrinaba con sonos de percusión a la gloriosa Marcha de Granaderos, huérfana de pífanos.

Las ventanas del aula estaban un poco más bajas de lo normal. El suelo estaba un metro por debajo del patio, por lo que las evoluciones de las féminas gimnastas proporcionaban un espectáculo digno de ver. Las falditas con vuelo daban bastante juego con sus juegos. Todo un problema a la hora de concentrarse.

La clase más dolorosa de gimnasia nos la proporcionó el señor **Sotelo** que, al tercer día de curso nos dió tal sesión, que las agujetas no se quitaron hasta la Navidad. Las matemáticas en cambio, eran cruentas indistintamente del profesor que las impartiera. Mi trabajo me costó enterder aquello de que los senos de los ángulos del tercer cuadrante de la circunferencia eran negativos, y sin embargo, lo siguen siendo. Supongo que el señor **Prieto** se daría cuenta de que, en aquel momento, eran más atractivos que negativos los juveniles senos de las gimnastas, cuyos movimientos, acompañados con sus saltitos, evolucionaban según tabla, en el patio.



Dos de las cosas que han marcado parte de mi vida ocurrieron en esta etapa: la **música** y el **tabaco**. Efectivamente empecé a fumar en las pausas entre clases. Durante el recreo salíamos del recinto y sentados en el alféizar de alguna de las ventanas de las casas de Alférez Provisional echábamos el correspondiente pitillo. En mi descargo diré que dejé el vicio radicalmente en 1980, tras doce años de intoxicación nicotínica, y no he vuelto a probarlo.

A la música le dedicaré otro espacio más amplio, porque se lo merece. No obstante, aquí diré que mi compañero **Cifuentes**, quien se sentaba junto a **Rafa Carrasco** detrás mío, me pasó una cuartilla con una docena de acordes de guitarra dibujados. El oído que heredé de mi madre y mi cabezonería hicieron el resto. Dicho instrumento se convirtió para mí en algo inherente. Hoy, mi hijo continúa la tradición que inicié.

Fue del todo injusto que a **Cifuentes** lo condenaran a la picota. La autoridad escolar se incautó de unas cuartillas con "obscenidades", en el momento en que se disponía a pasárselas a otro. Creo que era el romance de "Don Juan" en versión porno cachonda, que circulaba entre el alumnado. No era mala persona, y hubiera bastado con una reprimenda en privado. De todos modos, casi todo el mundo se sabía el poema de memoria... Vaya desde aquí un desagravio para mi compañero **Cifuentes** al que también agradezco que me pasara los acordes de guitarra. La práctica de la música me proporcionó muchos momentos de felicidad.

¿Recuerdan ustedes el principal acontecimiento mundial de 1989? No importa. Yo se lo digo: la unificación de Alemania tras la desaparición del muro de Berlín, vulgo "muro de la vergüenza".

Pues bien. Nosotros también tuvimos nuestro muro de la vergüenza. Y vergüenza debería darles a los que lo construyeron. Me explico.

Ya habíamos observado algunos, que los alumnos de las clases mixtas se esforzaban en los estudios, más por no hacer el ridículo ante las damas, que por otra cosa. Así que, pensando en que el sexto curso íbamos a estar con chicas, todos estábamos tan felices y tan contentos. Pero entonces, la guerra fría hizo su aparición en el Centro. Lo que hasta entonces era Instituto Nacional de Enseñanza Media (hogaño Siete Colinas, antaño sin nombre), se disgregó en dos gajos: I.N.E.M. "Masculino" et I.N.E.M. "Femenino".

¡Con dos cojones! Tantos como Institutos. Los niños con los niños, las niñas con las niñas. ¡Qué éxito! ¡Qué bien, señor Torquemada! En pleno 1969, **Franco** decretaba la prescripción de las responsabilidades penales nacidas de la guerra civil, nombraba sucesor al entonces príncipe **Juan Carlos**, y mientras el ministro **Castiella** aporreaba las puertas de sus colegas para que España entrase en el Mercado Común (hoy Unión Europea), en Ceuta **Villar Palasí** nos ponía el cinturón de castidad (¡enhorabuena señor ministro!: tómese unas copas de mi parte, que sus responsabilidades político sociales también habrán prescrito).

Ni corto ni perezoso, tabicaron adecuadamente el edificio siguiendo su eje de simetría, y nos dejaron "compuestos y sin novias".

Durante el sexto curso, lo que más me preocupaba del movimiento vibratorio armónico, era su aplicación a las cuerdas de mi guitarra. Aquello estuvo a punto de costarme el ingreso en el Ejército como miembro de número (según amenazó mi buen padre harto de mi "rockera" vagancia), ya que el éxito de las calificaciones en junio fue bochornoso. En septiembre cambió la cosa y tras aprobar el curso completo, junto con su reválida, pude pasar al preuniversitario. Lo más significativo fue la decadencia del uniforme. De éste sólo quedaba la rebeca. Las camisas podían ser de color y los vaqueros uniformaban a los educandos. No llegué a conocer qué color tenía el distintivo con imperdible de este curso.

Sentado en la última fila del laboratorio (aula habitual, en la segunda planta), junto a **Bazaga** y **Longoria**, la ventana disipaba los efluvios de este último, experto gasificador, poeta, pintor y estudiante. Hicimos un viaje de estudios a Madrid y alrededores. En la capital del Reino alguien quemó un colchón del hotel, pero no me acuerdo del pirotécnico. Es igual: tampoco lo diría.

Y pasamos a "preu". Reencuentro con los antiguos compañeros del colegio de San Agustín. Éste era el curso último y más avanzado en el Instituto. No era obligatorio el uniforme, pero sí había que llevar corbata. Como es de suponer, la norma era fielmente cumplida por unos cuantos. Con camisa de cuello "cisne", que estaba de moda, ino se iba a poner uno corbata!

Hasta que al señor **Rigual** se le hinchaban las narices y advertía: "mañana no entra el que no traiga la corbata puesta". Cambio a camisa clásica, puesta de corbata para la primera clase (la suya), y extracción de corbata en cuanto salía por la puerta. **Serrador** la llevó puesta sobre la camisa de cuello "cisne", lo cual no dejaba de ser jocoso. Eso es al menos, lo que pretendía.

En esta época también me preocupaba más la marcha del grupo musical "MacKenna", del que formaba parte, que los estudios.

Pertrechados con nuestro flamante pasaporte que nos permitía viajar a "todos los países del mundo, excepto: Albania, Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Mongolia exterior, Polonia, República Popular China, Rumanía, U.R.S.S., Yugoslavia, República Democrática Alemana, República Popular de Corea y República Popular de Vietnam", en marzo de 1971 hicimos un memorable viaje de estudios a París. Fue conjunto con los alumnos de sexto. Aún conservo la guía informativa que se editó con tal motivo. Cada vez que ojeo sus páginas me vuelven a la memoria los días aquellos. Diecisiete años: la edad más hermosa de un varón. Enamorado de todas las mujeres, y con toda la vida por delante...



París, 31 de marzo de 1971. Alfonso Sotelo (a la derecha y con corbata; yo, a la izquierda, sin ella) en L'Étoile, Arco de Triunfo. Monumento erigido por Napoleón, hoy se dedica al Soldado Desconocido

Pido perdón a los organizadores por no haberme unido asiduamente al grupo. Preferí perderme por París los cuatro días que estuvimos allí. Bueno, sí participé en algunas actividades, si no habría sido difícil ir a Versalles y gozar de su extraordinaria belleza. En el primer cajón de mi mesilla de noche conservo una piedrecilla que cogí en uno de sus jardines. Es una gilipollez, pero es mi gusto.

Poco dormimos, poco comimos, y a la vuelta, poco antes de llegar a Hendaya, sufrimos una requisa preventiva de revistas pornográficas, que por aquel entonces no se conseguían fácilmente en España. Sí recuerdo perfectamente que en el barco que nos devolvía a Ceuta, vomité por sotavento hasta la primera papilla que me dieron.

Les dejo al final el "Gaudeamus", que nunca conseguí aprender de memoria, y un pequeño poema que nos dedicó nuestro profesor de francés, don **Emilio**, y que se insertaba en la guía publicada con ocasión del viaje a París.

GAUDEAMUS IGITUR	MA BELLE
<p>Gaudeamus Igitur, iuvenes dum sumus: post iucundam iuventutem, post molestam senectutem, nos habebit humus!</p>	<p>Ma belle est une brune, douce comme une agnelle. Pendant la nuit le lune s'agenouille devant elle.</p>
<p>Ubi sunt, qui ante nos in mundo fuere? Vadite ad superos, transite ad inferos, hos si vis videre.</p>	<p>Seule chante au ruisseau, qui coule comme un serpent, plus légère qu'un oiseau, qui vole très content...</p>
<p>Vita nostra brevis est, brevi finietur, venit mors velociter, rapit nos atrociter, nemini parceretur.</p>	<p>Parmi les bois sanglantes, régante comme un ange, plus triste que contente, de l'épouvantable louange.</p>
<p>Vivat academia, vivant professores, vivat membrum quodlibet, vivant membra quaelibet, semper sint in flore!</p>	<p>Epuisée pour le destin de son coeur étonné... Contemple le petit moulin qu'au vent, tant, a donné:</p>
<p>Vivant omnes virgines faciles, formosae, vivant et mulieres, tenerae, amabiles, bonae, laboriosae!</p>	<p>Le silence et la bruit, aux mers et aux rivières, durant le jour et la nuit, couvertent de clarières.</p>
<p>Vivat et res publica et qui iliam regit! Vivat nostra civitas, maecennatum caritas, quae nos hic protegit!</p>	<p>Ma petite: fleur fragile, jamais a été imprudente. Au milieu d'un champ stérile, m'espère comme une innocente.</p>
<p>Pereat tristia, pereant osores, pereat diabolus, quavis antiburschius, atque irrisores!</p>	<p>Emilio Jalil Abumalham "Dedicada a mis alumnos de Preuniversitario".</p>